

## LA ACTITUD DE POBREZA

MARIA NOVO VILLAVERDE

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». ¿Cómo —con qué bienes comprometidos en ello— realizarán los hombres cristianos la bienaventuranza de la pobreza evangélica, en una sociedad del siglo veinte donde tantos hombres sufren hambre de alimentos, de cultura, de justicia... en una sociedad que espera conocer el mensaje del amor?

### LA SALVACION DEL HOMBRE ES INTEGRAL

Toda la creación se encuentra incorporada al plan de Dios. Y es todo el hombre (cuerpo y alma) el que está participando en la obra salvadora de Cristo. Es el hombre, integral, el que puede y debe desarrollarse plenamente: ni un ascetismo místico extra-terreno le realizará como ser total, ni una mera satisfacción de sus necesidades materiales.

Y se hace necesario reflexionar sobre este punto, porque frecuentemente el cristianismo ha caído en alguno de estos dos extremos: o convertirse en «el opio del pueblo» haciendo vivir a éste con exclusivas ansias «celestiales» y desprecio por los problemas del mundo; o quedarse en un simple humanismo dedicado a llenar estómagos hambrientos.

Y el cristianismo es mucho más que eso, precisamente porque, *siendo un humanismo, no es solamente un humanismo*. Por ello

reclama el desarrollo *integral* del hombre para su salvación, un desarrollo donde el «*tener*» se reconozca como indispensable y necesario, si bien precisamente *en función del «ser»* y para colaborar a su fin último.

Recoge, pues, el cristianismo —y por consecuencia debe recogerlas el cristiano— todas las legítimas aspiraciones de los hombres: «verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos» (PP-6), como algo digno de la mayor atención y compromiso, capaz de promover a todo el hombre y a todos los hombres, hasta la humanidad entera, a una búsqueda y aceptación más libre y racional del sentido de sus vidas y del fin para que fueron creados. Y es que —no olvidemos— «ningún aspecto *real* de la *vida* de los hombres es ajeno a la disposición salvadora de Dios» (Casimiro Martí).

#### IGLESIA «EN MISION». AMOR

Caminamos en una Iglesia en movimiento. Una Iglesia que tiene la misión de presentar al mundo la faz de Cristo, para que el mundo encuentre en El «el camino, la verdad y la vida». Por ello, todos cuantos bajo el nombre de cristianos somos parte integrante de la Iglesia, estamos comprometiendo a cada paso el que esa Faz de Cristo sea algo verdadero o ridículo, atrayente o repulsivo.

Y es que no podemos sentirnos aislados, sino muy seriamente comprometidos en esta labor misionera de la Iglesia. Nunca como ahora, un Concilio y una Jerarquía habían reclamado tan imperiosamente la participación y ayuda del seglar por llevar a cabo la misión de la Iglesia en el mundo. Los hombres de este siglo no podemos ya sentirnos ajenos a esta ingente labor, sino insertos vivamente en una Iglesia donde todos estamos «en movimiento» y en compromiso.

¿Cuál será, el estilo propio del seglar en esta actividad misionera en la que está comprometido? ¿En qué modo, y de qué for-

mas los seculares cristianos podemos contribuir a que todo se ordene realmente hacia Cristo?

La primera vía será, indudablemente, el *testimonio* de nuestras propias vidas. El mundo de hoy ya no cree en las palabras. Sólo si el cristiano del siglo veinte encarna en sí las bienaventuranzas, sólo si nuestra actividad humana temporal —aquella en la que establecemos contacto directo con el resto de la humanidad— está *real y vivamente* impregnada de amor, justicia, fraternidad, esperanza... sólo entonces estaremos siendo realmente misioneros. Mas no concluiremos ahí. El mundo habrá de pedirnos razones de nuestro amor y nuestra esperanza. Y en diálogo profundo con la humanidad, el cristiano debe comunicar esa razón, que es el mismo Cristo resucitado.

El cristiano es, ante todo, el hombre de la buena nueva: «Un mandamiento nuevo os doy. Que améis a Dios con todo vuestro corazón y al prójimo como a vosotros mismos» (Mt. 22, 37, 40). El cristiano es el hombre que ha recibido un segundo mandamiento, amar a su hermano, tan importante como el de amar a Dios.

Caridad. Una palabra que hemos trasnochado y deformado a lo largo de los siglos, para recubrir con ella nuestros tímidos intentos de aplacar las situaciones de hambre, dolor y desesperanza que habíamos creado con nuestra injusticia. Demasiadas veces, los cristianos nos hemos sentido buenos —casi héroes— dando a nuestros hermanos lo que simplemente, por su dignidad de hijos de Dios y seres libres, *les correspondía*. Ya es hora de que sepamos que *la caridad que es amor, compromete mucho y brilla muy poco*.

El amor, que nace al conocer en cada hombre la imagen de Cristo resucitado, será, pues, la clave de bóveda de todos nuestros actos, el principio fundamental de nuestras actitudes. Bajo una u otra faceta, aparecerá como virtudes diferentes, tal vez, pero será ese mismo amor el motivo inicial de cualquier movimiento positivo de justicia o fraternidad.

No está de más, no obstante, detenernos sobre lo que entendemos por «amor» y ver lo que esa palabra significa en nuestra vida diaria. Amar supone reconocer en cada uno de nuestros hermanos a Cristo. Amar a todo el mundo —dice Evely— significa

no abordar nunca a un ser sin recordar que, también en él, existe esta fuente con la que nuestra propia fuente no puede dejar de estar concertada (puesto que ambas son de Dios). Amar a un ser es esperar de él siempre, significa llegar a él desprovisto de egoísmo, de hipocresía... significa atrevernos a intentar con él diariamente la aventura de *amarle como nos amamos a nosotros mismos*, de sufrir sus problemas como los nuestros propios, de sentir su dignidad como la dignidad que reclamamos para nosotros, de ir dispuestos a desproveernos de todo, incluso de nuestros dogmatismos, y a aprenderlo todo con él.

El amor representará también ponerse en actitud de recibir, esto es, de ser amado. Amar es, también, ofrecer al hermano la oportunidad de dar; es desear tanto su santidad como la nuestra, sentirnos sujetos, no de un yo, sino de un *nosotros* donde todos aman y son amados y algo falla si uno no participa. Pensémoslo: somos responsables, no sólo de nuestro amor, sino también de la falta de amor en el hermano. Y nunca el mundo ha tenido tanta necesidad de amor, ni el cristianismo ha tenido un mundo tan apto para predicar su mensaje: el Amor. Porque, o nos entendemos como hermanos, o no nos entenderemos de ninguna manera. Sólo una Iglesia compuesta por un grupo de adultos que se amen y amen a la humanidad, podrá, pues, atreverse a decir al mundo que Dios existe. Dios es amor (1 Jn., 4, 8-16) y no puede ser mostrado más que por el amor.

Surge en el cristiano la actitud de pobreza evangélica, no como imperativo en sí, sino precisamente como resultado de un camino de manos enlazadas en el que, solidario con la vocación y destino de todos los hombres, sabe que en todos existe igual derecho a servirse de los bienes, las responsabilidades y los valores que tiene la humanidad, para alcanzar con ellos la plena realización de su «ser», y abre sus manos y su corazón poniendo cuanto en ellos hay al servicio de sus hermanos. Coparticipar no es ni más ni menos que dar un destino universal —el que corresponde— a cuanto ha sido creado para el hombre.

## POBREZA ESPIRITUAL Y POBREZA MATERIAL

La pobreza es una actitud vital (interna y externa) que tiene su raíz más honda en la conciencia que el hombre experimenta de ser amado por Dios a pesar de su miseria, y en el amor que el hombre siente hacia sus hermanos en cuanto que reconoce en ellos al mismo Cristo. Actitud: no es un estado definitivo; no es una instalación sino precisamente lo contrario: una desinstalación. Vital: entramada en cada uno de nuestros actos de vida, sin excepción ni momentos. Consecuente: no es un fin en sí misma, sino una consecuencia que nace en el amor. Una pobreza «adquirida» sería un contrasentido. La pobreza —dice Evely— es una de esas virtudes especiales, como la humildad: cuando uno cree que la tiene, deja de tenerla.

*Pobreza espiritual.* El hombre que se siente amado y fortalecido por Dios, pese a su impotencia de tantos días. El hombre que ha palpado la desesperación, la angustia y el dolor, y ha hallado una fuerza que rebasaba a la suya propia para seguir adelante. Aquel que sabe que no es nada en sí mismo y se inclina al rezar «hágase tu voluntad, *aquí en la tierra*» dispuesto a aceptar que, efectivamente, se haga la voluntad de Dios y no la suya. El hombre que trabaja y se siente artífice de su destino pero duerme tranquilo pensando en la providencia del Señor para el mañana... El que camina, y se cansa a veces, y siente que el cansancio le arrebatara, pero acude a Cristo y comulga con El, con su incansancio y su entrega esforzada... El que se acerca a sus hermanos desprovisto de todos esos brillos aparentes que separan a los hombres: la suficiencia, los dogmatismos, la vanidad, la presunción... Ese que, realmente, está dispuesto cada noche a revisar sus actitudes diarias, y a ponerlas en tela de juicio aunque le duela, y a que otros las pongan... El que se siente con ánimos cada mañana para iniciar la aventura de amar más, con más intensidad y un corazón más abierto a todos sus hermanos... El que sufre con los que sufren y ríe con los que ríen... Aquel que siente sobre su alma todas las penas y las ansias de la humanidad, y se mueve por ellas, y trabaja por ellas, aunque su trabajo sea el más modesto de los trabajos... El que tiene su alma

abierta a todas las inquietudes, y no levanta en ella murallas que la aislen de los hombres... El que es capaz de comunicar sus experiencias, aunque le resulte más cómodo guardarlas para sí y edificar con ellas un tesoro oculto... El que canta si sabe cantar, escribe si sabe escribir, y educa si sabe educar, sabiendo que están en juego los cinco talentos que le fueron entregados... El que busca en Cristo a su modelo, y acepta con alegría su cruz, la que a él le fue asignada, sin buscarse otras cruces distintas, tal vez más llamativas... El que respeta los derechos de los demás cuando tocan a su comodidad personal y tal vez la rompen... El que se siente desvalido pero capaz, y despierta cada mañana dispuesto a amar hasta donde no había pensado, y a que le amen y le enseñen y le exijan y le despojen de sí mismo...

Ese es, realmente, un pobre de espíritu, al que Cristo llamará «bienaventurado». Con él, todos se sentirán a gusto.

*Pobreza material.* De nuevo interesa aclarar que la pobreza material no debe ser una meta. El hombre que estuviera intentando empobrecerse materialmente a impulsos de un frío imperativo de «perfeccionismo», estaría, realmente, intentando comprar con ello su riqueza espiritual, su satisfacción de sí mismo..., es decir, buscaría enriquecerse.

Sólo el amor lleva a la pobreza material. Cristo no buscó su camino difícil ni su cruz, es más, incluso pidió que si era posible «pasase de El ese cáliz» (Mt. 26, 39), pero aceptó, en definitiva, que se hiciese sobre sí mismo la voluntad del Padre, y porque lo aceptó y amó tanto, porque comprometió toda su vida en ese amor por la humanidad, Cristo llegó a la cruz y consumó su obra.

Así ocurre con la pobreza. No podemos buscar una situación material pobre como imperativo, sino dejar —como auténticos pobres de espíritu— que la voluntad de Dios obre en nosotros, y comprometer en ello cuanto somos y tenemos... Sólo eso, y amar cada vez más al Cristo que guarda cada uno de nuestros hermanos.

Porque cuando hemos comprendido que el mundo es de todos y para todos; cuando hemos conocido el maravilloso misterio de la fraternidad, queriendo y dejando que nos quieran, ayudando

y permitiendo que nos ayuden... nos resulta imposible —casi odioso— mantener cogido en nuestras manos —esas manos que necesitamos para enlazar con las de los hombres— aquello que puede separarnos.

Nos separan las situaciones de injusticia, en las que unos lo tienen todo y otros carecen de todo. Nos separa el hambre, la sed y la miseria. Nos separa la cultura y la falta de cultura. Nos separa la seguridad profesional y la inseguridad. Nos separan los barrios elegantes edificados al lado de chabolas. Nos separa el lujo y la ostentación paseándose por las vidas de los que no tienen lo más imprescindible. Nos separan los abusos en el poder al lado de la impotencia. Nos separa el privilegio de razas y de clases... Todo eso, que nos separa, ¿cómo mantenerlo para un camino que hemos de seguir juntos...?

Las expediciones de hombres, antes de iniciar el viaje, se aprovisionan siempre de todo lo necesario y eliminan los trastos inútiles que pueden hacerles pesado el camino y estorbar. Eso ocurre en el plano humano. Pero cuando se trata de seguir una vocación común y un destino común... cuando una generación de hombres tiene ante sí todos los bienes de la tierra y una noble meta de promoción humana y desarrollo integral que alcanzar con ellos... entonces —no sé por qué misterio— invertimos los valores de las cosas, y cargamos nuestras mochilas de trastos viejos, pesados, inútiles, hasta poco lucidos, dejando olvidado cuanto realmente vamos a necesitar en el camino.

¿O es que son tan poco importantes la fraternidad, el amor, la amistad, el respeto, la libertad, la cultura, la solidaridad... cómo para que las dejemos tiradas y creamos que sin ellas seguiremos adelante?

¿O es que hay alguno —hombre o casta— que se crea beneficiario absoluto de esos bienes, y piense que sólo él ha nacido libre, con derecho a vivir y alimentarse, a instruirse, a ser responsable, a participar en la vida de la comunidad, y a tener aquello que realmente necesita para desarrollar su «ser» de manera digna?

No hagamos de nuestra generación una generación de niños jugando a vencedores y vencidos. Estamos comprometidos en un momento histórico demasiado importante para ello. Sólo si real-

mente nos desarrollamos en fraternidad mereceremos el nombre de adultos. Sólo si de las riquezas de la tierra obtenemos el alimento para esos miles de seres que diariamente mueren de hambre. Sólo si cada uno de nosotros pierde su mentalidad de propietario absoluto y recuerda que es un simple administrador de unos bienes con destino universal... Sólo entonces, la historia creará que los hombres comenzaron a comprender, al fin, lo que significa «amarse los unos a los otros». «Ama y haz lo que quieras», dice San Agustín. Y nosotros nos quedamos tan contentos, creyendo que esa frase encierra una bula para actuar como mejor convenga. No es extraño que esto nos ocurra. Simplemente, nos sucede porque todavía no hemos descubierto lo que significa «amar», y pensamos que eso de hacer lo que se quiere está muy bien. Pero si nos aventurásemos a «amar» a los hombres con el amor que Cristo nos enseñó, si realizásemos esa aventura cada día, resultaría que lo que querríamos hacer sería ayudar a quien nos necesita, compartir nuestro pan con el que tiene hambre, sufrir con el que sufre, y poner en nuestras manos, abiertas al viento, cuanto somos y tenemos, para que lo tomase aquel de nuestros hermanos que tuviera falta de ello.

Y no veríamos la pobreza, entonces, como algo trágico, difícil y obligado (una de tantas «imposiciones» de nuestra religión). La pobreza aparecería en nuestras vidas como algo normal, como lo lógico, simplemente porque ante la necesidad de nuestros hermanos no habríamos sido capaces de permanecer impassibles, porque, en verdad, les amábamos.

Hay quien se toma el cristianismo como una religión de órdenes incomprensibles y antihumanas. Hay quien no ha pasado del decálogo de la vieja Ley de Moisés, a la buena nueva del amor... Por eso existen cristianos, llenos de buena voluntad, que ante esa llamada a la pobreza evangélica que hoy nos hace el Magisterio de la Iglesia, sufren y se despojan de sus bienes, mientras reniegan por haberse «afiliado» en una religión que les obliga a ello. No critico a estas personas. Muy al contrario, grande tiene que ser su fe para aceptar un sacrificio tan doloroso. Sin embargo, pienso que el cristiano es el hombre sereno que ve como normales —y con tal normalidad las realiza— cosas que ta vez

a otras personas puedan parecerles heroicas. Mas, he ahí la diferencia, él las ve como normales y, en consecuencia, actúa.

Parece un contrasentido, entonces, esa actitud de héroes que a veces adoptamos al dar la mano a la humanidad, al comunicar nuestros bienes con quien lo necesita. Inconscientemente, nos subimos al pedestal «de los buenos» y desde él nos convertimos en juzgadores de «los otros», los que todavía no se han inmolido sacrificadamente. O nos aislamos de las estructuras en que estábamos inmersos, como anacoretas, olvidando que nuestro sitio y nuestro testimonio estaban ahí y que si nosotros lo dejamos quedará sin hacer. O nos volvemos escrupulosos, y medimos la santidad con el dinero que damos o gastamos.

No es eso. Verdaderamente no es eso, sino todo lo contrario. Nunca un cristiano que ame de verdad se sentirá héroe al preguntar a su hermano ¿qué necesitas?... porque amar es estar pendientes del otro, es desear compartirlo todo con el otro, es querer su felicidad. Nunca un cristiano que haya llegado a ser un buen pobre de espíritu se sentirá más bueno que sus hermanos, porque sabe que cuanto en él se ha obrado no es más que por fuerza de Dios... porque sabe que las vidas humanas no pueden juzgarse desde fuera y que un solo Juez conoce la verdad que llevan en el alma sus criaturas.

Hemos creído a veces que esto de la pobreza es muy fácil. Ese es otro peligro. Pensamos que con recortar gastos supérfluos o dar una limosna de vez en cuando, está todo hecho. Por eso no es extraño que el área de las sociedades de contrastes, donde el lujo y la miseria se miran frente a frente, coincida con el área de las comunidades que se dicen «cristianas». Realmente —ya lo hemos visto— todo vuelve a la misma conclusión: no sabemos amar; no sabemos comprometernos a la hora de amar.

Llegamos al pobre cargados de prejuicios, esperando su eterno agradecimiento y hasta su reverencia. Eso no es amar. Eso es dar para que nos alaben. Comprometemos en la pobreza nuestras sobras, las migajas de nuestra mesa y... nada más. ¿Acaso estamos dispuestos a sentar al pobre Lázaro a la mesa del rico Epulón...? ¿Acaso estamos convencidos de que el pobre tiene *derecho* a recibir una cultura y unas responsabilidades idénticas que las nuestras?... ¿No amamos secretamente esa distancia intelectual que nos separa casi siempre?

No respetamos nada, o casi. Del pobre, sólo nos sirven sus manos, para trabajar. Saltamos por encima de su inquietud (o de su deseo remoto de tener inquietud), de su filosofía, de sus razones, de su fuerza (no sé como hemos construido esta sociedad del siglo veinte, pero lo cierto es que hemos saltado por encima de la fuerza del pobre y ni siquiera se la reconocemos). No respetamos la capacidad que, en potencia, guardan esos hombres del campo y las chabolas, los sin cultura, los sin trabajo, para resolver su propio problema... si nosotros les amamos... y no caemos en el degradante paternalismo de una sociedad donde los cristianos, además de «hacer limosna», piensan también por los que «no saben pensar», resuelven por los que «no saben resolver» y organizan por los que «no saben organizar».

Existe, pues, una evidente contradicción entre lo que debería ser nuestra actitud evangélica y lo que es. Si el mundo no reconoce la faz de Cristo, si el ateísmo le niega, no será evidentemente, por culpa del propio Cristo, sino por la farsa que estamos representando en su nombre los cristianos. Antes hemos hablado de una Iglesia en misión: ¿cómo podemos explicar al mundo que Cristo trajo el mandamiento del amor fraterno, que Cristo vive, si el mundo nos ve divididos, unos arriba y otros abajo, unos con todo y otros con nada... si el mundo ve que nos reímos del amor?...

Más que contribuir a la misión salvadora del Hijo, no hacemos sino entorpecerla. Más que desarrollar el amor, estamos mutilándolo. Y, sobre todo, cada vez que negamos algo a los hombres estamos negando algo al mismo Dios. «El que presume de amar a Dios, a quien no ve, y no ama a su hermano, a quién ve, es un mentiroso» (1 Jn. 4, 20).

Tomemos, pues, nuestra pobreza, como un índice que nos servirá para ver si crecemos en el amor. Y, más que pobreza, digamos «empobrecimiento», pues el cristiano no es el hombre «pobre» (en situación estática y lograda) sino precisamente el hombre que siempre se estará empobreciendo en la medida en que crezca en amor por sus hermanos.

En un examen de conciencia profundo, veamos —como lo vio y admitió el Concilio en un impresionante acto de pobreza— lo raquítico que se está quedando nuestro amor, a vista de los resultados. Y abramos las manos. Y tomemos el mundo como cosa

de todos y para todos, que para eso nos fue dado. Y cojámonos fuerte, como cuando hace viento y no queremos caer, con todos los hombres de la tierra, porque con ellos tenemos que mantenernos erguidos; con ellos, mirando al cielo, tenemos que hacer el camino hasta el final... Y llegar juntos.

### EL CRISTIANO, EN ACTITUD DE POBREZA, LUCHA CONTRA LAS SITUACIONES DE POBREZA-MISERIA

No querríamos que nada de lo dicho llegara a interpretarse como defensa de que se mantengan, si bien «llenándolas de espiritualidad», las situaciones de pobreza de estado, de miseria que hoy presenta lastimosamente la humanidad. Y precisamente por ello hemos establecido la necesidad de un «tener» que es indispensable y colaborador en la realización plena del «ser» humano. Y por eso hemos dicho que no queremos que el mundo acuse de nuevo al cristianismo de ser el opio del pueblo...

El cristiano, en actitud de pobreza evangélica, debe sentirse tan solidario con la humanidad que reconozca un hecho evidente: ha llegado el momento en que los hombres disponen de un potencial productivo y creador capaz de eliminar del mundo la miseria humana y la escandalosa pobreza de unos respecto a otros. Ante esta realidad, sería absurdo conservar situaciones que *rompen el orden natural de las cosas*. Ya no puede el cristiano «consolar» a esos millones de seres que diariamente padecen miseria de medios materiales, de civilización, de proyección histórica, etc., diciéndoles: «morid tranquilos, que como morís de hambre iréis al cielo», porque sabe que la dignidad de esos hombres reclama para ellos su desenvolvimiento hacia el fin último como seres libres, capaces y responsables, sirviéndose de cuanto ha sido creado.

No cabe, pues, pasividad, en un hombre que ama con el amor de Cristo, ante esta protesta, sorda a veces y otras clamorosa, de los millones de humillados y explotados que reclaman hoy una condición digna de hombres. Al contrario, el cristiano dará una prueba más de pobreza evangélica, del desasimiento de todo ante las necesidades de todos, cuando, aun a riesgo de ver afectados

sus privilegios, su situación, o su propio patrimonio, profundice, trabaje y se esfuerce por insertarse vivamente en el proyecto de restauración de toda la humanidad iniciado por Cristo.

Para ello, reconociendo la dignidad humana, la comunidad y la actividad del hombre, como evidentes signos reveladores de los planes de Dios sobre nuestra humanidad (son estas, sin duda, las tres determinantes fundamentales de la historia actual), el cristiano deberá analizar la influencia que ha tenido y tiene la pobreza para determinar actitudes y motivaciones adecuadas o inadecuadas con este plan salvador de Dios en el que estamos moviéndonos.

### 1. *La pobreza de situación atenta contra la dignidad humana.*

El hombre de nuestro siglo toma conciencia de su dignidad como ser libre y responsable, de su derecho a realizarse íntegramente, y de su igualdad de vocación y destino con sus hermanos. Las situaciones de pobreza están atentando contra esta dignidad, al negarle su participación como sujeto y colaborador de los planes de Dios en la obra de la construcción del mundo, como *autor activo* de su propio progreso, y colocarle en situación de *objeto impotente* de la codicia o injusticia de unos pocos. El hombre adquiere entonces conciencia de su «miseria no merecida» (PP-9) y grita a nuestras vidas, no sólo porque su condición de ser digno le da derecho a ello (y más si le grita a una cristiandad que presupone «cristiana»), sino porque en el fondo de su mente sabe que lo que pide no es algo inexistente..., que el mundo posee ya hoy ese potencial capaz de sostener a toda la raza humana, con sólo que ésta funcionase bajo principios de solidaridad, y se niega a admitir como limonosa lo que sabe que le corresponde por justicia.

Participará, entonces, el seglar cristiano en el movimiento salvador de la humanidad, trabajando activamente para eliminar no ya sólo estas situaciones de miseria que atentan contra la dignidad del hombre, sino precisamente buscando sus causas originarias, conociendo cuáles son los factores que las están alimentando, y atajándolas allí mismo para que *no nazca* más pobreza sobre la tierra.

## 2. *La pobreza impide la construcción de una auténtica comunidad humana.*

Es la formación de comunidades humanas uno de los signos más palpables de nuestro tiempo, al que ha de permanecer atento el hombre cristiano, que vive en la historia.

Realmente, el mundo avanza hacia la comunidad. Lo demuestran sus conquistas (comunicaciones, transportes, etc.), para crear las cuales y disfrutarlas se necesita una comunidad. Lo demuestran sus riesgos, los de su civilización, ante los cuales el hombre no puede protegerse si no es en una acción de conjunto. Lo confirma su unicidad de historia (el hombre de hoy se preocupa por las guerras y la suerte de los países más alejados).

Mas veamos cómo han nacido nuestras comunidades y qué papel ha jugado la pobreza en sus motivaciones y su sentido: Hasta ahora, las comunidades humanas han ido surgiendo asentadas en dos pilares: el interés por algo, o el temor por algo (afán de dinero, o defensa ante un peligro común).

Si la humanidad no hubiese tenido que contar con una indignante situación de pobreza en más de sus dos tercios, los hombres se habrían asociado, sin duda, para convivir fraternalmente en el disfrute de unos bienes y la realización de un destino comunes. La comunidad se habría logrado —o se estaría logrando— bajo una dinámica de amor.

Pero el mundo ha engendrado la pobreza y la miseria, y con ese lastre a las espaldas han ido naciendo las comunidades. La motivación que las impulsa es, entonces, el afán de dinero, el temor a verse dominados, el ansia de liberarse —sin importar los medios— de situaciones miserables, o, por otro lado, la necesidad de defenderse ante estas exigencias, el ansia de dominio, etcétera.

Siempre la pobreza, al fondo, está forzando las motivaciones del hombre para asociarse. Y así surgen las comunidades de tipo marxista, las luchas de clases, etc. Pensemos entonces que la respuesta más profunda que los hombres de Cristo han de dar al comunismo es deducir del Evangelio y el Magisterio de la Iglesia todas las consecuencias y exigencias que plantea en torno a la pobreza, la creación de auténticas comunidades fraternales

donde «todos sean uno» (Jn. 17, 21), y promover la creación de unas comunidades basadas en el amor, aquellas en que los hombres lleguen a la perfecta comunión de cuanto son y tienen en un clima de amistad, de caridad circulante, que se da y que quiere recibir, amar y ser amado.

Y la historia es irreversible. O los cristianos ponemos nuestro esfuerzo por lograr una comunidad fraternal, o habremos pasado estos tiempos sin alcanzar la dimensión de *signo* indispensable para que el mundo reconozca la Faz de Cristo, y conscientemente se ordene a la aceptación y cooperación de su plan salvador. Habremos pasado por la historia sin darle la respuesta y la esperanza que la historia esperaba de nosotros.

### 3. *Las situaciones de pobreza desvirtúan el fin de la actividad humana.*

La creación no es un acto definitivo de Dios. Crear es desencadenar un dinamismo, iniciar un proceso en marcha. Por eso, la gran tarea del hombre hoy sobre la tierra es colaborar a la construcción de esta sociedad para el hombre que hay que completar a lo largo de la historia. De ahí el profundo sentido de la actividad humana como partícipe activo del plan salvador de Dios.

Ahora bien: la pobreza y la miseria en el mundo están determinando esta actividad humana, desde sus motivaciones. Veamos por qué camino está, pues, progresando el hombre; a costa de qué medios, y hacia dónde le conduce esa actividad.

Y advertiremos que no todo el progreso se esté logrando por el camino del amor y la solidaridad entre los hombres, sino a base de luchas y enfrentamientos en muchas ocasiones. Y veremos que el progreso —que en sí es bueno, cuando se pone al servicio de la humanidad— está lográndose a veces *a costa del hombre y no para el hombre*, no para su desarrollo integral como ser pleno de alma y cuerpo. Y aún: que este mismo progreso está engendrando en ocasiones formas nuevas de pobreza. Y pensemos que la actividad humana —que en sí misma es loable, por cuanto convierte al hombre en sujeto activo y colaborador de Dios— no siempre está conduciendo a la aproximación y solidaridad de

los hombres y los pueblos, sino a la opresión de unos por otros, al odio, al rencor, al temor, o a la realización de unos cuantos a costa de todos los demás.

Debe entonces el hombre cristiano, que vive en las estructuras humanas y es parte de ellas, conocer el plan de Dios sobre la ciudad terrestre; juzgando con criterio cuánto hay de bueno y cuánto no responde a este plan en las formas de actividad y progreso del mundo, y seguidamente actuar —comprometerse también en esa actividad que en sí es buena— mostrando individual y colectivamente, las vías y posibilidades que existen para lograr un progreso activo que alcance a *todo* el hombre y a *todos los hombres*.

Para finalizar, querríamos recordar cómo vivían las primeras comunidades cristianas, según relatan los Hechos de los Apóstoles: «Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma; no había entre ellos quien considerarse como suyo lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Así es que no había pobres entre ellos» (4, 32-34); y dejar sentado, por tanto, que todo esto no es una utopía, sino una *meta posible* a la que tenemos que mirar.

Es demasiado rico el mundo del siglo veinte —recordémoslo— como para que nos conformemos, por ejemplo, hablando del «mínimo vital» y creamos que cuando eso quede cubierto habrá concluido nuestra tarea. Tiene detrás nuestro siglo una cultura y una civilización, unos derechos, unas responsabilidades demasiado nobles, como para que pensemos en limitar a los hombres, a algunos hombres, a la mínima condición de seres fisiológicos sobre la tierra.

Veamos, pues, que no se trata sólo de remediar carencias materiales, sino de promover precisamente todos los valores del hombre para que, *pudiendo disponer* de las cosas que necesita, *sepa y quiera ordenar libremente* el uso de las mismas en orden a su realización última, y no llegue a ser dominado y automatizado por ellas.

Sólo cuando los cristianos, en auténtica actitud evangélica, hayamos mostrado un amor realmente dinámico para promover a su fin todo lo creado, sólo entonces, habrá sido el cristianismo luz del mundo y sal de la tierra. Sólo entonces, el mundo cono-

cerá la religión de Cristo no como una teoría, sino como una vida.

### INTERROGANTES QUE NOS PLANTEA UN ESTUDIO DE LA REALIDAD A LOS CRISTIANOS DEL SIGLO VEINTE

- ¿Evangelizó la Iglesia a los pobres?
- ¿Puede decirse que exista *hoy* una Iglesia de los pobres?
- ¿Vivimos los cristianos en testimonio de pobreza?
- ¿Quienes están llevando hoy en el mundo la Cruz de Cristo?
- ¿Creemos, realmente, en el evangelio del amor?

### INTERROGANTES QUE EL MUNDO FORMULA IMPERIOSAMENTE AL CRISTIANISMO

- ¿Existe una adecuación entre vuestra doctrina y vuestra vida?
- ¿Cómo, si para vosotros el hombre es Cristo resucitado, dejáis que Cristo muera de hambre, sed e injusticia diariamente?